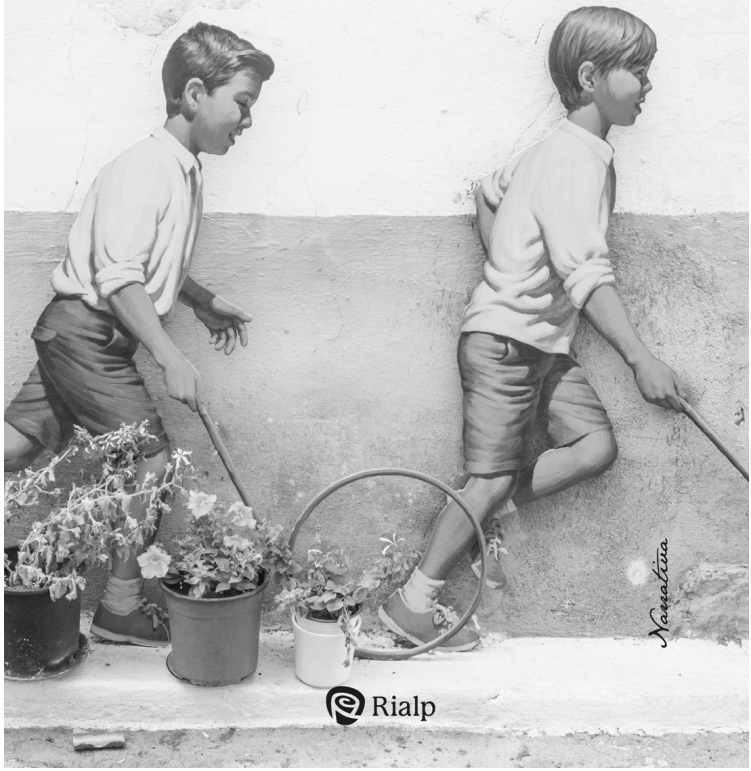
El bandolero de Recóndita

Luis Ramoneda



Narrativa

Rialp

El bandolero de Recóndita

Luis Ramoneda

EDICIONES RIALP
MADRID

© 2023 *by* Luis Ramoneda
© 2023 *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Manuel Uribe 13-15, 28033 Madrid.
www.rialp.com

Preimpresión: produccioneditorial.com
ISBN (edición impresa): 978-84-321-6343-2
ISBN (edición digital): 978-84-321-6344-9

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Cristina G. M.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

I. RECÓNDITA

II. EL BOSQUE DE ORO

III. LA BUENA GENTE

IV. SUSTOS

V. LA PANDILLA

VI. EL ABUELO DE “QUINOCHO”

VII. LA PELEA

VIII. EL QUEJIGAR

IX. EXCURSIONES

X. TOMÁS

XI. PERDIDOS

XII. EL ACCIDENTE

XIII. EL SANTERO

XIV. LOS ABUELOS

XV. ¿LADRONES?

XVI. VACACIONES

XVII. EL HALLAZGO

XVIII. NOS VAMOS

AUTOR

I.
RECÓNDITA

LLEGAMOS A RECÓNDITA EN los inicios del otoño de 19... Veníamos de Calina, la pequeña ciudad de las nieblas —jinete sobre una loma—, en tierras llanas de secano, poco frondosas, donde arraigan almendros, olivos, encinas y algún majuelo... Recóndita nos ofrecía un panorama muy distinto, porque se asemeja al fondo de un pozo, en un enclave rodeado de viejos volcanes y de serranías, a modo de brocal, con las laderas pobladas de hayas, robles, encinas, castaños, fresnos... Para llegar allí, hay que remontar algún puerto o collado, excepto por la carretera de la costa, la que va siguiendo el río Verdoso, que separa la parte vieja de Recóndita de la nueva. Suele llover a menudo en la región, por esto las zonas llanas próximas a la ciudad son excelentes, tanto para la agricultura como para la ganadería.

La parte vieja no es demasiado antigua, porque un terremoto destruyó Recóndita, en unas fechas no muy remotas, y hubo que reconstruir la ciudad casi por completo. Vivíamos en el límite entre las dos zonas, no muy lejos del río, en un piso grande de la plaza de los Cedros, rodeada de soportales, con un jardín en el centro —semejante a una gran bandeja plateada—, sombreado por majestuosos arces y cedros, en parterres separados por sendas llenas de guijos. En el parque, abundan las palomas y los gorriones.

Desde la plaza, se llega al río Verdoso por un paseo con plátanos de sombra; y, a la parte antigua, por la calle de las tiendas, que sube hasta la iglesia de San Blas, el patrono de la ciudad, y luego sigue bien hacia el ayuntamiento y la plaza Mayor bien hacia el paseo del ferial.

Nos trasladamos a Recóndita por el trabajo de mi padre, que era notario. Me llamo Miguel y entonces era el tercero de cuatro hermanos: Chema, el mayor y el más inteligente; Merche, morena como nuestra madre, y Tere, la rubita y pecosa. Al año siguiente de nuestra llegada, nació Laura, la silenciosa, que decían que se parecía mucho a la abuela Eulalia, la madre de mi padre; y, dos años después, Mar, la de los hoyuelos, con la que «no ganamos para sustos» —decía nuestra madre—, porque era bastante

traviesa. Recuerdo bien aquel quince de marzo en que, al llegar del colegio antes de comer, Merche me llevó a la habitación de mis padres, que estaba en penumbra, y me mostró a la recién nacida, dormida en la cuna, cubierta con una mantita verde. Mi madre, que estaba acostada, me sonrió y me preguntó cómo me había ido en clase. Entonces, no entendía por qué siempre que nacía un hermanito mi madre estaba en cama.

Lo de «no ganamos para sustos contigo» fue muy cierto cuando Mar tenía cuatro años. Una tarde, vio salir a Merche, que había quedado con una amiga, y se fue detrás de ella, sin que esta se diera cuenta. Merche acababa de cruzar la calzada en dirección al parque de los Cedros y la pequeña la siguió corriendo y sin mirar ni a un lado y ni al otro, mientras mi madre, que se había dado cuenta de lo que pasaba, bajaba las escaleras a toda prisa... Tuvimos la suerte de que, en aquel momento, no pasara ningún vehículo. Mi madre la cogió en brazos, le dio un par de besos, mientras le decía: «Tu ángel de la guarda hace horas extra, hijita, contigo no ganamos para sustos».

En los alrededores de Recóndita, hay tres parajes que pronto nos llamaron la atención y que frecuentamos a menudo desde que llegamos allí: el valle Jovial, en el que se cultiva sobre todo el maíz, además de hortalizas y legumbres, y que cuenta también con buenos prados para el ganado vacuno y para el lanar, y está protegido por el Pico, un riscal que sobresale majestuoso, como un águila vigía. El valle Jovial está pespuntado por varias carreteritas que unen los cinco pueblos que lo ocupan, aldeas limpias, de gente laboriosa que suele embellecer balcones y huertos con geranios, hortensias y otras flores; el Quejigar, una loma que se divisaba desde las ventanas de la sala de estar de nuestro piso grande, de la que hablaré en otro capítulo; y el hayedo, que merece también mención aparte.

II.
EL BOSQUE DE ORO

COMO HE DICHO, LLEGAMOS a Recóndita a comienzos del otoño de 19... Pocas semanas después, cuando ya se había completado la mudanza, un domingo por la mañana, salimos en el Seat 600 de mi padre a explorar los alrededores. Tomamos la carretera de los toboganes, la que lleva a Lago, pero, a los pocos kilómetros, tras una curva —después de haber superado varios cambios de rasante, entre tierras de cultivo en tempero, de tonos noguerados— nos topamos con algo maravilloso, que parecía sacado de un libro de hadas, gnomos, duendes y castillos encantados... Era el hayedo, un mar que se extendía delante de nosotros, un mar de tonalidades amarillas, rojas, ocres, anaranjadas, bermellonas... Mi padre dejó la carretera y aparcó el coche junto al arranque de un camino ancho y terroso. Nos bajamos y comenzamos a adentrarnos en aquel bosque mágico, algo que nunca había visto.

Allí las sombras y los rayos de sol jugaban al escondite y la luz se filtraba con precisión de filigrana. En el suelo, destacaban las raíces de las hayas, como grandes tentáculos de aspecto casi monstruoso, junto a bojes y avellanos... Unas semanas más tarde, cuando volvimos allí, con el otoño muy avanzado, el panorama era distinto: el hayedo tenía un tono cárdeno, los troncos se erguían grisáceos y desnudos, porque las hojas caídas alfombraban completamente el suelo. Disfrutamos levantándolas como tolvaneras. Desde entonces, mientras vivimos en Recóndita, anhelábamos las visitas otoñales a nuestra algaba de oro.

Pero he de hablar de otro bosque maravilloso, que lucía mientras duraban los fríos, que en Recóndita solían ser largos. En la sala de estar de nuestro piso grande, había una chimenea con los morillos y un trípode de hierro del que colgaban un atizador, unas tenazas, un hurgón y el badil. Cada año, mi madre solía encender el fuego del hogar, por primera vez, unos días antes de Todos los Santos... Colocar la leña adecuadamente, para que el tiro fuera correcto y no se llenara la estancia de humo, y mantener el

fuego vivo era un arte que ella dominaba y que había aprendido en la infancia, allá en la llanura de los tesos grisáceos, en la casa de los abuelos Pepe y Asunción, en Los Alomares, a medio camino entre Frontera y Ciudad.

Chema y yo nos encargábamos de bajar la leña almacenada en la terraza, mi padre se ocupaba de recoger las cenizas con el badil, cuando ya se habían enfriado, y de echarlas a la basura. El fuego del hogar me fascinaba, el movimiento constante de las llamas, los colores cambiantes, amarillos, anaranjados, azules, rojizos; el rescoldo ceniciento en el que las brasas hacían fogosos guiños... Cuántos ratos pasé, sobre todo los fines de semana, después de haber estado con los de la pandilla, contemplando la lumbre o sentado cerca de la chimenea, en el suelo, mientras leía o jugaba con el mecano o construyendo casitas con pequeños ladrillos de plástico o barcos y aviones... A menudo, se unía Tere, que se ponía cerca de mí a dibujar o a pintar. Con Laura y con Mar, cuando crecieron un poco, nos gustaba buscar llamas verdes, que se producían muy de cuando en cuando y recibíamos con un aplauso. El fuego del hogar era otro bosque de oro cautivador.

III.
LA BUENA GENTE

En Calina, la ciudad de las nieblas, donde vivíamos antes del traslado a Recóndita, no teníamos parientes, pero los lazos no se perdieron del todo, porque nos acompañaron Mariano, el pasante de mi padre, que había nacido allí, con Guillermina, su mujer, y Leonor, que era de un pueblo vecino, había enviudado años atrás, no tenía hijos, y aceptó el ofrecimiento de trasladarse con nosotros para ayudar a mi madre, que, a veces, le pedía que no nos mimara tanto.

Como ya he dicho, Chema era el mayor, muy inteligente, sacaba las mejores notas sin mucho esfuerzo. Lo envidiaba un poco, porque, mientras el hacía planes con sus amigos y disponía de tiempo para actividades variadas, yo tenía que quedarme en casa ocupado en el estudio, porque mi memoria era flaca, por decirlo de algún modo. Recuerdo que, en cierta ocasión, ganó un premio por un trabajo escolar y fue con mis padres a Ciudad para recibirlo y salió en la televisión, aunque nosotros no lo vimos, porque no la había en casa.

Merche era muy voluntariosa, a veces, me ayudaba en las tareas escolares, sobre todo con las matemáticas. Ella fue, sin saberlo, una de las causantes de mi interés por las palabras, algo que quizá el lector haya sospechado ya. Había, en la calle de las tiendas, una papelería a la que acudíamos con frecuencia. La dueña se llamaba Constancia. Un día, llegó mi hermana agobiada por un trabajo que les habían encargado en el colegio. A ella, el dibujo no se le daba muy bien y se pasó un fin de semana entero, ocupada en la tarea. Tuvo que repetir algunas láminas varias veces, pero, al final, logró terminarlo y pudo entregarlo con éxito el lunes siguiente. Por la noche de aquel día, mientras cenábamos, llamaron a la puerta. Traían un paquete bastante voluminoso y bien envuelto. Todos estábamos sorprendidos y expectantes. Al terminar de cenar, mi padre se lo entregó a Merche y dijo:

—Esto es el premio a la constancia.

Mientras ella lo desenvolvía, yo estaba pensando en qué pintaba la señora Constancia en todo aquello... Nos quedamos boquiabiertos aplaudiendo a Merche. Entonces se me ocurrió escabullirme y buscar en el diccionario que tenía mi padre en el despacho, para salir de dudas. Me costó un poco, porque era un libro muy voluminoso y pesado y, además, no sabía muy bien cómo se manejaba... La constancia, así creció la admiración por mi hermana mayor.

Tere, la rubita y pecosa, tenía dos años cuando llegamos a Recóndita. Era muy lista y el ojito derecho de Leonor, o eso nos parecía a los demás. A veces, ella y yo nos peleábamos, quizá por aquello que dicen del príncipe destronado... Pintaba y dibujaba muy bien y me acuerdo de la ocasión en que mi padre enmarcó uno de sus primeros óleos y lo colgó en la sala de estar. La señora Constancia la quería mucho y solía regalarle algún material para que dibujara.

Laura nació al año de nuestra llegada a Recóndita, casi al mismo tempo que Pablo, el hijo de Mariano y de Guillermina, un bebé regordete. Laura se parecía a la abuela Pilar, decían los mayores, era más bien introvertida y una gran lectora, a la que también le gustaba escribir. Y luego nació Mar, me parece que ya he contado la impresión que sentí cuando la vi por primera vez en la cunita. Era muy vivaracha y me gustaba jugar con ella en aquellos primeros años y gastarle pequeñas bromas... Entonces me insultaba.

Mis hermanos y yo éramos buenos lectores, porque nuestros padres lo eran. Recuerdo que uno de los regalos que más me gustó fue un diccionario ilustrado para niños, que no me cansaba de consultar. Y éramos todos "tintinólogos". En los regalos de Reyes, nunca solía faltar algún volumen de Hergé, hasta que los completamos todos. A mi padre, le gustaba especialmente *Tintín en el Tíbet*, porque era un buen montañero, pero mi madre prefería *Las aventuras de Jo, Zette y Jocko*; mientras que yo me debatía entre *El cetro de Ottokar* y *El asunto Tornasol*; y los demás tenían también sus preferencias. El último año de la estancia en Recóndita, hicimos un cómic: Tere se ocupó de los dibujos y Laura y yo, del texto, y se lo regalamos a nuestros padres con motivo de las bodas de plata.

Y luego, estaba la música, que nos ha acompañado desde que nacimos, y el trato con los artistas de Recóndita, donde había cierta tradición pictórica, y los paseos por aquellos entornos tan bellos, y...

IV.
SUSTOS

SUCEDIÓ CUANDO LLEVÁBAMOS poco más de un año en la ciudad, si no recuerdo mal. Habíamos cenado y Tere y yo ya nos habíamos acostado. Laura, que tenía unos meses, estaba durmiendo en la cuna. Chema y Merche se habían quedado un rato terminando los deberes en la mesa del comedor, probablemente mi padre había conectado con la BBC londinense, para escuchar el concierto que se solía transmitir a esa hora, y mi madre quizá estaría cosiendo o dando una vuelta por el piso para comprobar que todo estaba en orden. En realidad, no conozco los detalles, porque hasta la mañana siguiente no nos contaron lo que había sucedido ni a Tere ni a mí.

Al terminar las tareas, los dos mayores se pusieron a jugar alrededor de la mesa, y a perseguirse, pero en un determinado momento, Merche tropezó y ella, que no era nada quejica, comenzó a lamentarse en el suelo, porque le dolía mucho el brazo izquierdo. Mis padres se dieron cuenta enseguida de que se había hecho daño de verdad y llamaron al doctor Bustos, nuestro médico de cabecera —muy competente— que vivía cerca, en la misma plaza de los Cedros, y no tardó en acudir. Mi hermana se había roto el brazo izquierdo y el buen médico se lo inmovilizó y aconsejó que, al día siguiente, la llevaran a Ciudad para que la operaran.

Cuando nos levantamos, mi madre nos lo contó, pero ya no vimos a Merche, pues mi padre se la había llevado muy temprano a Ciudad, acompañado por uno de los empleados de la notaría, para que atendieran a mi hermana en una clínica de allí. Regresaron al cabo de un par de días y recuerdo que estábamos impacientes, asomados a las ventanas de la sala de estar, pendientes del momento de la llegada. Bajamos todos a la calle a recibirlos.

Cuando mi madre nos dijo que Merche se había roto un brazo, pensé que era como cuando a un árbol se le quebraba una rama y me preguntaba cómo podrían juntar de nuevo los dos trozos que se habían partido... Cuando llegaron de Ciudad, mi hermana venía con el brazo escayolado y así estuvo

unas semanas hasta que el doctor Bustos le quitó aquel aparatoso vendaje, en el que nosotros y sus amigas habíamos escrito nuestros nombres. Nos contaron acerca del viaje a Ciudad, donde los acompañaron los abuelos de Galpones, que está muy cerca. Así aprendí que la fractura de un hueso no era lo mismo que la rotura de una rama, pero sí muy dolorosa. Entonces tampoco entendía cómo podía caber una orquesta en el aparato de radio ni cómo se las arreglarían los locutores para comerse un plátano...

Hubo otra fractura. Sucedió no mucho después de la de Merche, me parece. Un domingo por la tarde, quizá en primavera, salimos apretujados en el 600 hacia el valle Jovial. Llegamos hasta donde termina y se inicia la subida al puerto de las hayas y nos paramos cerca de una casa que tenía una airosa galería con arcadas, a la que se llegaba desde la carretera por un camino flanqueado por álamos que lucían ya las nuevas hojas temblonas como cascabeles plateados. Estuvimos paseando y jugando por allí.

Al otro lado, entre la carretera y un riachuelo que vierte las aguas en el río Verdoso, se emplazaba entonces el campo de fútbol de Campillo, el pueblo más grande del valle. Aquella tarde, se disputaba un partido entre el equipo local y el de Rinconada, los espectadores observaban de pie alrededor del campo y jaleaban a los suyos. Al poco de acercarnos, hubo un fuerte encontronazo entre dos jugadores y se paró el juego. No tardamos en oír los gritos sobrecogedores de una mujer, enfrente de donde estábamos, mientras jugadores y público se arremolinaban en torno a un muchacho que yacía en el suelo y se quejaba mucho... Más tarde, supimos que se trataba del hijo del panadero de Campillo y que se había roto una pierna en el choque con un jugador del otro equipo, y que la que gritaba era la madre. Mi padre se acercó a ver qué pasaba y se ofreció a llevar al lesionado en el coche hasta Recóndita, para que lo viera el doctor Bustos. Entre varios hombres, instalaron al mozo en el 600 y allá se fueron, con el padre del chico, mientras otros espectadores trataban de serenar a la desconsolada mujer. El partido se suspendió y nos quedamos esperando a que nuestro padre regresara para recogernos y volver a casa... Pasaron los años, pero, cuando aquel mozo era ya un hombre hecho y derecho, que se ocupaba de la tahona, y mis padres se acercaban por Campillo desde Ciudad, nunca se olvidaba de agradecerles lo que habían hecho por él.

V.
LA PANDILLA

La plaza de los Cedros, donde vivíamos, tiene soportales en tres de las cuatro manzanas que la rodean, la de enfrente de nuestro piso grande, separada por el jardín central, la ocupa el colegio en el que mi hermano Chema y yo estudiamos; las chicas lo hicieron en otro, situado en una calle detrás de la iglesia del santo patrón. En realidad, tardamos un poco en ir, porque las primeras letras —sobre todo los cuatro mayores— las aprendimos de nuestra madre, que era maestra y, de lunes a viernes, transformaba la sala de estar del piso grande en aula.

Desde uno de los dos patios del colegio, me gustaba divisar el Pico con sus espadañas rocosas, que protegen una praderita en la que se asienta la ermita de Santa Marta, que ocupará un lugar destacado en esta historia. Me avisaba de la llegada del invierno, cuando aquel retal verde aparecía cubierto por una sábana de nieve.

En el colegio, estudiábamos muchos chicos de Recóndita y también de los pueblos y de las aldeas de los alrededores. Allí se fue formando la pandilla, bien porque la amistad entre los padres de unos y de otros facilitaba el trato bien por afinidades que nos unieron poco a poco.

Nos juntábamos sobre todo los sábados, para jugar al fútbol, montar en bicicleta... Entre nuestro piso grande y el río, hay una zona de viviendas unifamiliares, en unas calles que forman como una estrella en torno a una plaza en la que luce un abeto, que vimos crecer. Con el paso de los años, el barrio ha cambiado un poco, pero entonces la mayor parte de las casas eran hotelitos con jardín, lo que daba al lugar un ambiente tranquilo y agradable, muy apto para pedalear por allí sin sobresaltos. Las viviendas más grandes solían estar deshabitadas durante gran parte del año, porque los dueños vivían en Ciudad y las ocupaban sobre todo en verano. Pero, además, los alrededores de Recóndita estaban entonces salpicados de caminos sin asfaltar, poco transitados por coches, motocicletas o camiones.

Uno de los amigos, Pepe, vivía en aquel barrio y los demás —Pascual,

Juan, “Quinocho”, Fidel y Guillermo— en otros puntos de Recóndita. Más tarde, Tomás se incorporó a la pandilla. Los padres de Pascual regentaban una pastelería con obrador en la calle de las tiendas, cerca de la plaza Mayor, donde también residía la familia. Pascual era el menor de tres hermanos. Los padres de Juan eran farmacéuticos, la botica estaba en el primer tramo de la calle de las tiendas, él era el mayor y, cuando nos conocimos, tenía una hermana y un hermano, luego nació otra niña, Mariona. El padre de Pepe, ingeniero industrial, dirigía una fábrica de embutidos, en las afueras de Recóndita, junto al río y la carretera del mar. La había fundado su abuelo y él la había modernizado. Como ya he dicho, vivían en el barrio de los hotelitos, en uno grande con jardín, en el que nos reuníamos a veces; también era el mayor de tres hermanos. Fidel, en cambio, residía en una colonia de casas blancas, en la ladera de uno de los volcanes que rodean la ciudad, su padre trabajaba como contable de una fábrica de material eléctrico que ocupaba un extenso solar detrás del colegio en el que estudiábamos los de la pandilla. Fidel tenía una hermana mayor que él, Ana, muy amiga de Merche. Guillermo era huérfano, porque su padre había fallecido en un accidente, cuando unas inundaciones devastaron la zona, unos años antes de que nosotros llegáramos a Recóndita. Su madre era modista y vivían en una de las calles que llegan hasta el río. Rafael, su hermano, más pequeño, tuvo la polio y cojeaba un poco. Solo me falta hablar de “Quinocho” que, a menudo, me decía: «¡Qué paciencia tiene tu madre!». Era verdad, pero quizá mis hermanos y yo nos habíamos acostumbrado y nos parecía lo más natural del mundo, pero ahora me doy cuenta de que la paciencia es una virtud difícil y muy necesaria.

VI.
EL ABUELO DE "QUINOCHO"

"QUINOCHO" ERA MENUDITO, moreno y uno de los primeros de la clase. Tenía la nariz un poco larga y, de Quinito, como lo llamaban en su casa, pasó a "Quinocho", en el colegio, pero el mote a él no lo molestaba. Vivía, lo mismo que Juan, cerca de la salida de Recóndita hacia Monasterio y Frontera, por el puerto del pino solitario. Su padre era empleado de un banco de la calle de las tiendas y su madre ayudaba en la zapatería de un tío suyo, cerca de la plaza Mayor, un hombre muy simpático, pero un poco estrafalario, decía mi madre. La primera vez que escuché este vocablo acudí enseguida al diccionario. Carmen, la hermana de "Quinocho", se parecía mucho a él y, al año siguiente de nuestra llegada a Recóndita, nació otro chico, Daniel. Los abuelos maternos de "Quinocho" vivían en Rinconada, uno de los pueblos del valle Jovial.

De vez en cuando, Quinocho nos invitaba a visitarlos, íbamos siempre gustosos. Salíamos de Recóndita en las bicis hacia el barrio de la estación y subíamos la cuesta, breve pero empinada, que lleva hacia el Valle Jovial. Tras un suave descenso, nos desviábamos a la derecha por la carreterita que, después de cruzar el río Verdoso por un puente y las vías del tren de vía estrecha —años más tarde, dejó de circular y las quitaron—, se adentra en el valle hasta los pies del Pico, donde se asienta Rinconada, como en un nido.

El abuelo de "Quinocho" era ebanista, disfrutaba con su trabajo, muy apreciado incluso lejos del entorno de Recóndita. Al acercarnos al taller, que estaba en la planta baja de la casa donde vivían, en la entrada del pueblo, ya olíamos a madera y a serrín, una emanación agradable, limpia, a bosque y tierra. Don Andrés era un artesano excelente, que no solo arreglaba desperfectos, sino que fabricaba también muebles de marquetería y taracea. Disfrutábamos viéndolo manejar sierras, garlopas, cepillos, limas, gubias, escoplos, formones, berbiquíes, escuadras, azuelas, lijas, colas... Era buen pedagogo, le gustaba explicarnos para qué servían los diversos tipos de madera que usaba (de cerezo, de alerce, de haya, de nogal, de caoba, de

ébano...) y nos enseñó las variedades de ensamblaje, los modos de aserrar, de cepillar, de limar, de hachear, de acoplar, de espigar, de embutir, de encolar... Insistía a menudo en que las herramientas tenían que estar siempre cuidadas, limpias y en su sitio, cuando no se usaban. Antes de cerrar el taller, se ocupaba de que no quedaran en el suelo virutas o restos de serrín. Además de un ayudante que se llamaba Rosendo, que vivía en Peñuela, otra aldea del Valle Jovial, y se desplazaba en una motocicleta roja que tenía un motor que petardeaba, siempre contaba con algunos aprendices jóvenes a los que enseñaba el oficio con mucha paciencia.

Las visitas a Rinconada tenían, además, el aliciente de las meriendas que nos preparaba la señora Vicenta, la abuela de "Quinocho", una mujer muy alegre, a la que siempre le parecía que habíamos comido poco. Cada época del año solía tener sus peculiaridades: chocolate y frutas de sartén en invierno; jamón, chorizo o fuet en otoño, con pan de hogaza untado con aceite y tomate; mermeladas y bizcochos en primavera; helados, batidos y zumos en verano...

VII.
LA PELEA

VARIOS PUENTES CRUZAN el río Verdoso en los alrededores de Recóndita, pero había uno de madera, bastante estrecho y no muy alto, por el que se accedía a la avenida que entonces llevaba hasta el parque que rodea el Museo de Bellas Artes. Cuando el nivel del agua subía —solía ocurrir en septiembre u octubre, sobre todo—, a veces, la corriente se llevaba aquella pasarela. Sin embargo, a los pocos días, se reconstruía de nuevo tal como era. Nunca supe por qué no hacían un puente más ancho, un poco más alto y con materiales más resistentes. Cuando esas crecidas del río sucedían de noche, para prevenir a los bomberos, sonaba una sirena —parecida al lúgubre ulular de las lechuzas—, que se oía por todas partes y daba un poco de miedo. Entonces, desvelado en la cama, no tardaba en oír a nuestro vecino, que era el arquitecto municipal, que salía en su coche, para controlar lo que estuviera sucediendo.

Pasado el puentecito, había un cuartel que se abandonó y se derribó poco después de nuestra llegada a Recóndita. En aquel solar, se construyeron unos pisos que ocuparon sobre todo familias de inmigrantes venidas del Sur, en busca de trabajo y de una vida más próspera.

Al desencadenarse esas crecidas del río, que amenazaban con inundar los alrededores del cauce, solíamos acercarnos, con mi padre y alguno de mis hermanos, para verlo, aunque había que ser prudentes y no aproximarse demasiado a la ribera. Impresionaba la fuerza del agua, de color café con leche, que arrastraba objetos variados, ramas desgajadas e incluso árboles enteros, y que azotaba los que se mantenían firmes en la orilla. Parecía una jauría salvaje, desbocada, que contrastaba con el tranquilo discurrir de las aguas del río Verdoso durante la mayor parte del año. Asustaba aquel espectáculo, causado por las lluvias de levante o por una gota fría, aunque entonces no lo llamaban así, me parece. Los lugareños recordaban las graves inundaciones de unos años atrás y señalaban hasta dónde había llegado el nivel del agua en las calles próximas al río.

Cuando la pandilla comenzó a consolidarse, los sábados por la tarde, nos reuníamos en una chopera, cercana a la inestable pasarela, hacia el final del barrio de los hotelitos, pero no era un buen lugar para jugar al fútbol, porque la hierba crecía a su antojo, ya que nadie se ocupaba de segarla, y el terreno estaba lleno de surcos, por lo que costaba mover y controlar el balón. Además, un suceso poco agradable nos llevó a buscar un nuevo sitio donde reunirnos.

Al otro lado del río, cerca del puentecito, como he anotado, vivían familias de inmigrantes. Un sábado, mientras jugábamos en la chopera, aparecieron por allí unos chavales procedentes de aquella barriada, más o menos de nuestra edad o quizá un poco mayores. Se trataba de dos pandillas rivales y, al poco rato, tras una discusión, los cabecillas de cada grupo se enzarzaron en una pelea, mientras los demás se mantenían expectantes. Fue un enfrentamiento duro, se agarraban el uno al otro, para intentar derribar al adversario, hasta que se revolcaron en la hierba, mientras gritaban y se insultaban. Después de un forcejeo largo, uno de los dos —el más fanfarrón — logró inmovilizar al contrario, que se resistía. Este sangraba un poco por la nariz y el otro le decía que no lo asustaban ni la sangre ni las lágrimas de cocodrilo —expresión que me parece que oí entonces por primera vez—. La pelea duró un buen rato hasta que lo dejaron y se fue cada cual con su pandilla por donde habían venido.

Aquel incidente me impresionó, porque fue probablemente la primera vez en que me topé con el odio, o esto me pareció entonces, y con la sangre, pero también descubrí que había otro mundo, distinto de aquel en el que nos desenvolvíamos habitualmente, en casa, en el colegio, con la pandilla... Descubrí a gente venida de lejos, más pobre, quizá más ignorante y menos enraizada... Descubrí la desigualdad.

VIII.
EL QUEJIGAR

Después del incidente de la chopera que acabo de narrar, buscamos, sin mucho éxito, un sitio mejor donde reunirnos los de la pandilla para jugar a fútbol, en otros parajes de los alrededores de Recóndita. Un día, mi madre sugirió que probáramos en una pradera del Quejigar que conocíamos muy bien, porque, a veces, sobre todo cuando todavía no íbamos al colegio, subíamos hasta allí en el coche, después de comer, antes de que mi padre volviera al despacho y nosotros a la escuela doméstica. La praderita es un excelente mirador de Berroqueña, la serranía que destaca al norte de la región, y que, a finales de otoño y en invierno, presume del esplendor de sus cumbres engalanadas por la nieve.

La loma del Quejigar era el telón de fondo que veíamos cada vez que nos asomábamos a las ventanas de la sala de estar del piso grande. Estaba poblada por robles y quejigos, con un grupito de casas agrupadas en torno a una iglesita en la cumbre, más otras desperdigadas por la ladera, junto a tierras de labor. En verano, aquellos casales apenas se divisaban desde la sala de estar del piso grande, ocultos por la frondosidad del arbolado, pero, a finales de otoño y en invierno, eran como puntitos de tonos claros, parecidos a la flor de la jara.

Para llegar al Quejigar, hay que coger la carretera de los toboganes, la que lleva a Lago, y torcer enseguida, a la izquierda, por una pista, que entonces estaba sin asfaltar, muy bien cuidada por un peón caminero, con el que mis padres solían conversar cuando nos lo encontrábamos por allí. Antes de llegar a la cima del alcor, se pasa junto a una praderita y una casa, que es el sitio que mi madre pensó que sería muy apto para jugar al fútbol, donde nadie nos molestaría.

Lo propuse a los de la pandilla y decidimos intentarlo. Para llegar allí en las bicicletas, había que subir bastante y, además, la pista daba un buen rodeo hasta arribar a la pradera, pero no tardamos en descubrir un atajo. Dejábamos las bicis en la primera cuesta de la carretera de los toboganes,

arrimadas al lavadero de una casa gris, y desde allí subíamos andando por una senda que nos llevaba directamente al prado, entre muretes de piedra volcánica, que parecían esponjas. Fue un éxito y, a partir de aquel día, acudimos muchos sábados a jugar allí. Entonces la vida era menos sofisticada que ahora y nos bastaba con unas piedras para marcar las porterías, aunque esto acarreaba alguna discusión en los balones altos...

IX.
EXCURSIONES

De mis padres, aprendí a apreciar la naturaleza, a contemplar los cambios que nos trae cada estación y su belleza... Salíamos a menudo de excursión por la zona de Recóndita. Una de las que recuerdo fue la primera subida al Pico, desde Rinconada, cuando tenía seis o siete años. Al día siguiente, descubrí las agujetas. En otras ocasiones, trepábamos a alguna de las cumbres del macizo oriental de Berroqueña, que es la parte de la gran cordillera más próxima a Recóndita y que llega hasta el mar. Había que salir hacia el puerto del pino solitario, descender hasta Monasterio, donde destaca una antigua abadía románica, dejar la carretera que lleva a Ciudad por el interior —también se llega por la de la costa— y seguir hacia Frontera. De allí arranca una carreterita, rodeada de amplios pastizales para el ganado vacuno y para el caballar, que llega a los pies de Berroqueña.

Con los de la pandilla, salíamos en las bicis por los alrededores de Recóndita, sobre todo en verano. A veces, me llevaba la de Chema, mi hermano mayor, de color verde, que tenía manillar de carreras y cambio de piñón, y, si no era posible, cogía la de Merche, roja, u otra, más vieja, pero que pesaba mucho. El hayedo está a los pies del galayo de los Gavilanes, al que también subimos alguna vez, por una pista que discurría entonces por la ladera de la umbría, en la que casi nunca da el sol. Observé a menudo que las cortezas de los árboles orientados al norte solían llevar una gabardina de líquenes.

Pero a donde íbamos más a menudo era al valle Jovial, que apenas hay cuestas y abundan los caminos poco transitados. Además, sabíamos que siempre nos acogerían los abuelos de "Quinocho" en Rinconada.

Recuerdo que la primera vez en que subí al Pico, en la pradera de la ermita de Santa Marta, comimos lo que habían preparado Leonor y mi madre. Era invierno y había algunas manchas de nieve. Cuando nos disponíamos a iniciar el descenso, llegó un pastor con un mastín y un rebaño de ovejas. Mi padre lo conocía de ocasiones anteriores en las que había

subido por allí y se saludaron afablemente. El buen hombre, que se llamaba Simón, se empeñó en regalarnos un queso de oveja elaborado por él mismo. Además de cuidar del rebaño y de cultivar unas hazas, se ocupaba de custodiar la ermita.

X.
TOMÁS

AL COMENZAR EL SEGUNDO año en el colegio grande, cuando ya llevábamos seis en Recóndita, Tomás se incorporó a mi curso. Era más alto y fuerte que los demás compañeros. Algunos días, llegaba unos minutos tarde, con la primera clase ya comenzada, lo que solía ocasionar el enfado o la reprimenda del profesor de turno. No tardamos en saber el motivo, porque Tomás vivía en Villar de los Cerezos —el pueblo del valle Jovial que ocupa una elevación desde la que se domina toda la llanura—, y venía a clase en bicicleta, unos diez kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Solo en días de invierno muy crudos, cogía el microbús que cubría el trayecto entre el valle y Recóndita y que paraba en cada pueblo o aldea de la ruta.

Tomás ayudaba a su padre en las tareas del campo y, en algunas épocas del año, tenía que darse grandes madrugones o incluso faltaba a clase. Por este motivo, como se sentaba en un pupitre separado del mío por el pasillo, en cierta ocasión, me pidió los apuntes de lengua y los problemas de matemáticas del día anterior y así se inició nuestra amistad. Un día de primavera, le hablé de las excursiones de la pandilla a Rinconada, y resultó que Tomás conocía a los abuelos de "Quinocho", porque había ido al taller con su padre para algún arreglo. Entonces, me pidió que lo visitáramos en las próximas vacaciones del verano. Se lo propuse a los de la pandilla y, un día caluroso de julio, cogimos las bicicletas y Juan, "Quinocho", Fidel y yo —Pepe estaba en la playa, en casa de unos tíos, y Pascual y Guillermo no podían acompañarnos—, a Villar de los Cerezos nos fuimos.

La casa de Tomás estaba en las afueras de la aldea, cerca de donde arranca la leve subida al altozano en el que se asienta el caserío. La hacienda era grande, tenía una buena extensión de maizales, pastos para el ganado vacuno y una chopera cerca del río. Más pegados a la casa, se situaban las cuadras, un huerto, unos corrales con gallinas, conejos y pavos y una zona ajardinada con varios cerezos. No sé si seguirá todo igual.

Aquel primer día, Tomás nos enseñó la finca e incluso nos dio una vuela

en un tractor Fiat de color rojo, que ya manejaba con habilidad. Tomás, que tenía tres hermanas, era el mayor. Su padre, alto y fornido, era hombre de pocas palabras y muy trabajador. En cambio, la madre, que había nacido en Peñuela, era delgada, habladora, tenía los ojos azules y el cabello trigueño y sabía mucho de jardinería. Con ellos, vivía la abuela materna de Tomás, la señora Dolores, que apenas podía andar, pero sonreía y no se quejaba nunca, sentada casi siempre en un sillón de mimbre cerca del lar. A veces, cosía, pero también le gustaba leer, y Tomás me contó que iba a menudo a la biblioteca nueva de Recóndita, en la zona de los hotelitos, para sacar algún libro para ella. La amistad se fue consolidando y, año tras año, los padres de Tomás nos invitaban a los de la pandilla y a nuestras familias a merendar, cuando las cerezas estaban maduras. Tomás tenía un lebrel, Remolón, que lo acompañaba a todas partes.

Me parece que fue aquel mismo año cuando mi hermana Laura, la silenciosa, comenzó a ir al colegio y hubo un detalle que no he olvidado a pesar del paso del tiempo. Un día de primavera, las de su curso salieron por primera vez de excursión, no recuerdo a dónde, pero no sería muy lejos de Recóndita, pues eran niñas bastante pequeñas, de siete u ocho años. Llegó muy contenta, se acercó a mi madre, que estaba cosiendo, y le entregó un pañuelo arrugado. Lo abrió y se cayeron unas florecitas mustias y manoseadas... Mi madre se levantó, hizo grandes elogios del regalo, fue a buscar un jarroncito con agua y las puso en un lugar bien visible... Pensé que yo, indeciso y tímido, probablemente no hubiera actuado así... Fue y sigue siendo una gran lección de Laura y de mi madre para mí.

XI.
PERDIDOS

A LAS POCAS SEMANAS del comienzo del curso en el que Tomás se incorporó al colegio, un profesor nuevo, el señor Rodrigo, que había llegado de Ciudad y era el encargado de nuestra clase, propuso una excursión al Pico. Nos apuntamos casi todos y, un domingo de finales de octubre o comienzos de noviembre por la mañana, un autocar nos llevó hasta Rinconada e iniciamos la ascensión por el camino más habitual, el de las hayas, que yo conocía bien, por haber subido ya varias veces al Pico con mis padres y mis hermanos. Tomás no vino con nosotros, porque tenía que ayudar en las labores campestres; los demás de la pandilla, sí. Llegamos sin dificultades a la cima, donde comimos, y recuerdo que, al pasar cerca de la ermita de Santa Marta, nos encontramos con el anciano Simón, el mastín —al que tuvo que calmar— y el rebaño. Me reconoció y me preguntó por mi familia.

Al disponernos a regresar, don Rodrigo, que no conocía la zona, pero llevaba un librito sobre la serranía del Pico y su entorno, propuso que lo hiciéramos por un camino distinto que allí se mencionaba, el que pasa cerca de la cascada del Diablo. En la guía, se decía que en la zona había zorros y jabalíes. Al principio, todo marchó bien, pero llegó un momento en que perdimos el sendero y se nos echó la noche encima. El rumor del agua al despeñarse se oía cerca, pero la oscuridad aumentaba, porque no llevábamos linternas y la luna estaba en cuarto menguante, por lo que el riesgo de caer por el barranco era grande. Mientras tanto, el director del colegio, otros profesores y algunos padres se habían acercado a Rinconada, inquietos por nuestra tardanza. Mi padre y otros hombres del pueblo se dividieron en dos grupos y salieron a buscarnos.

Estábamos apretujados en una zona llana, junto a un robledal, mientras el profesor intentaba dar con el sendero, cuando oímos un creciente rumor fragoso entre la maleza, acompañado de unos rebudios. Nos quedamos paralizados, pero no tardamos en escuchar unos ladridos persistentes y, al poco rato, surgió en la noche el anciano Simón, que llevaba una lámpara de

carburo, seguido por su mastín, que seguía ladrando nervioso.

—Es que ha olido el jabalí —nos dijo el buen hombre.

Aquella noche, el viejo Simón fue nuestro salvador, porque hacía ya bastante frío y estábamos en una zona peligrosa. Él nos guio hasta el sendero y nos insistió en que bajáramos muy despacio y en fila india, para no resbalar, pues las piedras estaban húmedas, por la proximidad de la cascada, y teníamos el precipicio a nuestra derecha. Así lo hicimos y avisando cada uno al que tenía detrás, cuando había algún obstáculo. Al cabo de un tiempo, oímos voces, seguidas de tres disparos de escopeta, y no tardamos en toparnos con uno de los grupos que había salido desde el pueblo a buscarnos. Traían linternas y acababan de dar la señal convenida para avisar, a los otros buscadores y a los que nos esperaban en Rinconada, de que nos habían encontrado.

Seguimos el descenso sin dificultades, aunque algunos estaban bastante agotados y todos hambrientos y sedientos, pues eran ya casi las doce de la noche. Allí nos esperaban muchos vecinos, entre otros los abuelos de "Quinocho", además de algunas familias, el autocar y el director del colegio, al que se veía bastante abatido, acompañado por el profesor de matemáticas. Mi padre llegó con los del otro grupo de rescate y nos fuimos a casa. Nos dijeron que, a la mañana siguiente, no habría clase. Aquella noche, dormí a pierna suelta.

XII.
EL ACCIDENTE

LLEVÁBAMOS SIETE AÑOS en Recóndita y aquel invierno fue muy duro. El termómetro marcó temperaturas mínimas de doce bajo cero y, en la segunda quincena de enero, nevó mucho. Era difícil transitar por la ciudad, la señora Arsenia, una vecina bastante mayor, viuda, muy amable que, a veces, nos daba caramelos, se rompió una pierna, al resbalar cuando salía de su casa. Chema y yo no teníamos problemas para ir al colegio, porque tan solo debíamos cruzar la plaza de los Cedros con un poco de cuidado, pero bastantes alumnos —entre otros, Tomás— no pudieron asistir a clase durante varios días, por la nieve y el hielo; tampoco mis hermanas Merche y Tere. Disfrutamos haciendo muñecos en plena calle, porque no circulaba ningún vehículo, y tirándonos bolas. Al cabo de unos días, cuando desheló, la blancura silenciosa de la nieve, que tanto me maravillaba, acompañada por el murmullo constante del agua que goteaba, se transformó en lodazal, como si estuviéramos metidos en una chocolatera.

La noticia nos la dio mi padre a la hora de comer. El anciano Simón había sufrido un accidente a causa de la helada, al bajar a Rinconada para comprar comida. Lo trajeron otros pastores, desde las majadas del Pico al pequeño hospital de la calle de las tiendas, porque se había roto varias costillas y tenía un buen corte en la cabeza. Se supo después que los ladridos del perro que acompañaba al viejo Simón —el mastín se había quedado en la ermita con el rebaño— los alertaron del peligro. Encontraron al anciano desvanecido y probablemente se habría congelado, si ellos no lo hubieran socorrido a tiempo. Lo atendió el doctor Bustos.

Todos los días mi madre le preguntaba sobre le evolución del anciano, nos alegraba saber que se iba recuperando poco a poco. Una tarde, mis padres se acercaron a verlo, estaba bastante débil, pero se emocionó mucho con la visita. Le preocupaba el rebaño, pero lo tranquilizaron, porque sabían que los demás pastores de la zona del Pico se estaban ocupando. Por la noche, mi madre me dijo:

—Cuando ya se encuentre un poco mejor, tendrás que acercarte con algunos de la pandilla, ahora aún se fatiga bastante con las visitas.

El buen hombre, que había enviudado hacía bastantes años, no tenía hijos y su única hermana, que residía en Monasterio y era mayor que él, no podía desplazarse para acompañarlo. Solo un sobrino, que vivía con ella, se acercaba de vez en cuando, aunque cruzar el puerto del pino solitario no era fácil, aquel invierno, pues era necesario usar cadenas.

Por aquellos días, una tarde, en clase de Historia, el profesor Ramírez, que era un ancianete muy sabio y bastante despistado, nos habló de los contrabandistas, guerrilleros y bandoleros que, en épocas pasadas, habían asolado las tierras de Recóndita y de Frontera, en tiempos de hambrunas y de guerras. El lunes siguiente, "Quinocho", que había estado el domingo en Rinconada, nos contó a los de la pandilla que su abuelo le había dicho que el anciano Simón, cuando era niño, se había topado con Lucho, "el Chispero", el último bandolero de la zona.

Mejoró el tiempo, Recóndita volvió a la normalidad, el herido había mejorado mucho y estaba deseoso de que el doctor Bustos le diera el alta. Pero este prefería esperar a que pasaran los fríos.

XIII.
EL SANTERO

La tarde del sábado en que fui al hospital de la calle de las tiendas —«huele a berza», decía mi hermano Chema—, con Pepe, Juan y Pascual, a visitar al anciano Simón, me acordé de lo que nos había contado "Quinocho". Lo obsequiamos con unos dulces de la pastelería de los padres de Pascual. Una enfermera nos llevó a una sala grande con varias camas distribuidas a cada lado de un pasillo central y separadas por biombos, aunque no todas estaban ocupadas. El santero se conmovió al vernos. Después de los saludos y de interesarnos por su salud, tras unos momentos de indecisión, le pregunté:

—¿Usted conoció a Lucho "el Chispero"?

El abuelo Simón se sorprendió, permaneció callado unos momentos, sonrió y dijo:

—¿Que si lo conocí? Yo ayudé en la captura.

—¡Cuéntenos cómo ocurrió! —exclamamos los cuatro.

Con voz pausada, interrumpida a veces por la tos, nos fue desgranando los recuerdos. Escuchábamos sin perder detalle:

«Mis padres, como mis abuelos y mis bisabuelos y mis tatarabuelos, eran los santeros de la ermita de Santa Marta. Había cumplido doce años. Era verano y, como todas las mañanas, salí con las ovejas hacia los pastos. Mi madre me preparaba el zurrón con la comida, porque no regresaba con el rebaño hasta el atardecer. Se levantó una espesa niebla, que me obligaba a estar muy atento para no perder de vista ninguna oveja, aunque contaba con la ayuda de Canelo y de Gayán, dos mastines muy leales. Conocía bien las cañadas y veredas y procuré apartar el rebaño de los riscos peligrosos. Hacia el mediodía, comenzó a sonar lejano el tañido de las campanas de Rinconada y de otras aldeas del valle y, más próxima, el de la ermita, tan familiar para mí. Enseguida supe qué significaban aquellos repiques: llamaban a los hombres de los contornos para atajar algún peligro. Un incendio, pensé, pero nada podía divisar entre la niebla. Seguía vigilando el

rebaño y, a media tarde, oí las pisadas de una cabalgadura que se acercaba. Canelo y Gayán ladraban nerviosos. Será mi padre que viene a buscarnos, imaginé, pero, al poco rato, apareció entre la niebla un caballo alazán, sudoroso, montado por un desconocido fuerte y barbudo, que llevaba un trabuco en bandolera. Me llamó la atención que le faltara una espuela. El jinete tenía aspecto fatigado y parecía inquieto. Las esquilas del rebaño debieron de orientarlo hacia mí. En cuanto me vio, sin apearse de la montura, me gritó:

—¡Chaval, calma a los perros y dame algo de comer y agua! ¡Tengo prisa!

En mi zurrón, ya sólo quedaba un poco de fruta, que me había sobrado del almuerzo. Se la ofrecí y le expliqué que encontraría una fuente un poco más arriba.

—¿Conoces el camino para pasar a la otra vertiente? —me preguntó mientras devoraba un melocotón.

—Sí, señor —contesté.

—Pues móntate en mi caballo y me acompañas, date prisa, me dijo con semblante huraño.

—Lo siento, señor, no puedo dejar las ovejas, pero se lo puedo explicar, no tiene pierde.

—Con esta niebla tan espesa, no me fío. Tú me vas a acompañar y mucho ojo con decir nada a nadie –contestó, mientras desenvainaba una faca.

Yo estaba muerto de miedo y no sé cómo tuve valor para gritar:

—¡Canelo, Gayán!

Y eché a correr monte abajo. Los mastines se lanzaron contra el forajido y su caballo, que coceaba. La sorpresa inicial del hombre ante mi inesperada reacción me permitió tomar cierta ventaja y adentrarme en el bosque. Sonó una detonación y aumentaron los alaridos de los perros, pero mi única preocupación era ganar terreno, por lo que no pude detenerme a averiguar qué estaba sucediendo. No tardé en oír los pasos del caballo detrás de mí, cuando acababa de penetrar en lo más espeso del robledal. El hombre tuvo que desmontar y esto también me favoreció. Aunque la niebla me protegía un poco, temía que me alcanzara o que intentara disparar contra mí. Traté de redoblar la carrera. Me guiaba por el fragor de la cascada del Diablo, de donde salía un atajo peligroso, entre rocas, que conocía bien, porque llevaba hasta la ermita. Oía lejanos los ladridos de Gayán, seguía corriendo casi desfallecido y notaba cada vez más cerca los pasos del hombre y el roce de su cuerpo con la maleza.

Al oír muy próxima la caída del agua, me animé un poco. Entre la

niebla, vi la cascada y enfilé hacia el caminito pedregoso, pero, en aquel instante, noté la mano de mi perseguidor, que trataba de agarrarme. Cegado por el pánico, di un salto hacia el atajo, pero perdí el equilibrio al resbalar en una piedra mojada y rodé hacia el fondo de la garganta. No supe más hasta que desperté. Estaba tendido cerca del agua, manchado de barro y de sangre. Había oscurecido y se oían voces y ladridos cercanos. No podía moverme, la cabeza y la pierna izquierda me dolían muchísimo y tiritaba, a pesar de que estábamos en pleno verano.

Trataba de pedir auxilio, pero nadie podía oír mi debilitada voz. Así transcurrió un tiempo que me pareció interminable, hasta que oí cercanos los ladridos de Gayán, que guio hasta mí a los hombres que me buscaban. Pronto aparecieron unas antorchas y mi padre y otros dos pastores. Me llevaron a la ermita, donde mi madre y mi hermana me esperaban angustiadas. Los dolores me impidieron dormir, pero, al amanecer, subió el médico de las aldeas del valle Jovial, que vivía en Rinconada, entablilló mi pierna, curó mis heridas y dio unas instrucciones a mis padres. Lentamente, me recuperé y, unos meses después del accidente, volví a pastorear el rebaño.

Durante la convalecencia, mis padres me contaron detalles de lo que había sucedido: el hombre que me había perseguido era Lucho "el Chispero", que había asaltado dos granjas del valle. Al aviso de las campanas, los hombres se reunieron en las aldeas y se organizaron diversos grupos para salir en su búsqueda. Por algunos testigos, se supo que había huido hacia la serranía del Pico. Aunque se conocían sus fechorías en los parajes que rodean Recóndita, nadie sabía dónde se escondía y los anteriores intentos de apresarlo habían sido baldíos. Lucho quería pasar a la otra vertiente, para huir de sus perseguidores, pero la niebla lo desorientó. Así llegó hasta mí. Cuando azucé los mastines contra él y escapé, cogió el trabuco y disparó a los perros: mató a Canelo, y una coz de su caballo lastimó a Gayán. Pero aquel trabucazo fue su perdición, pues orientó a uno de los grupos que había salido en su búsqueda desde la ermita. Cuando llegué a la cascada, me descalabré. "El Chispero", al oír los ladridos y el trote de los caballos perseguidores, decidió olvidarse de mí y retroceder en busca de su montura, pero la fatiga y la niebla le hicieron perder un tiempo precioso y, antes de que alcanzara el collado, al darse cuenta de que los seguidores le pisaban los talones, se parapetó en unas peñas y comenzó a disparar. Aquellos hombres también iban armados. En el tiroteo, Lucho hirió a un mozo de Rinconada, pero, al fin, Hilario, un joven pastor muy aguerrido, vecino de la ermita, consiguió rodearlo y su disparo lo hirió gravísimamente. Murió mientras lo bajaban hacia el pueblo. Daba voces de

arrepentimiento, dijeron. Dios lo haya perdonado. Aquellos eran años muy duros, tiempos de guerra y de penurias...

Lucho "el Chispero" fue el último bandolero que asoló las tierras de Recóndita. Trabajaba en una fragua, de ahí su apodo, hasta que se unió a una banda de salteadores muy peligrosa, al quedarse sin trabajo. Cuando los detuvieron, por la zona de Frontera, Lucho fue el único que logró escapar, y decidió huir a nuestras tierras, porque, en la franja en la que había actuado hasta entonces, era demasiado conocido. En verano y primavera, operaba en los valles de nuestra región, pero, en otoño e invierno, se marchaba a lugares más cálidos; así burló durante años a las partidas de guardias y de somatenes...».

Este fue el relato del abuelo Simón, al que siguieron nuestras preguntas sobre Hilario, el pastor que hirió de muerte a Lucho; sobre los mastines... Cuando le trajeron la cena, regresamos a casa. El santero se despidió de nosotros emocionado y pidió que volviéramos otro día y así lo hice varias veces, con otros de la pandilla o con Merche y con Chema, que lo entrevistó para la revista del colegio.

Al comienzo de la primavera, el buen anciano regresó restablecido a la ermita de Santa Marta. Unos meses después —un lunes de finales de mayo —, nos visitó inesperadamente: venía para agradecer las ayudas de mi padre y nuestras visitas y obsequios durante la estancia en el hospital de la calle de las tiendas. Nos traía un cesto repleto de fresas silvestres, menudas y coloradas como mariquitas, fruto sabroso de los veriles que rodean el Pico.

Desde entonces, todos los años de nuestra estancia en Recóndita, el abuelo Simón nos traía su regalo delicioso, allá por mayo o junio. Mi madre aderezaba las fresas con azúcar y un poco de vino rancio y las tomábamos agradecidos mientras recordábamos los encuentros con el santero, allá en la cuna de nieve –el faro de los largos inviernos de Recóndita–, y las visitas al hospital de la calle de las tiendas, durante su convalecencia; hablábamos también de Lucho "el Chispero" y del valiente pastor Hilario o de los mastines que defendieron al pequeño Simón... Me parecían historias muy remotas, leyendas del Pico, solitario y airoso vigía de Recóndita.

Recuerdo que mi hermana Tere pintó, con los lápices de colores que le habían regalado los abuelos de Galpones, al santero, sus perros, al "Chispero"..., y ganó uno de los premios de un concurso que se organizó para los alumnos de los colegios de la ciudad.

XIV.
LOS ABUELOS

Me parecía que Recóndita estaba lejos de todo, rodeada de montañas. Los abuelos paternos, Pilar y Gabriel, vivían en Galpones, una población grande, industrial, cerca de Ciudad, tenían un Austin negro, un coche que me parecía un poco cheposo. Los abuelos maternos, Asunción y Pepe, en cambio, residían en Los Alomares, un pueblo no muy grande de la llanura de los tesos grises, zona agrícola y ganadera importante. Tenían un Lancia, también negro. Por esto, pensaba que los coches de los abuelos tenían que ser de este color. Nuestro 600 era de un tono crema y el Renault 4/4 del doctor Bustos, verde. Sin embargo, el dueño de nuestro piso grande, que también era abuelo, tenía un Seat 1400 azul, por alguna razón que desconocía.

El abuelo Pepe seguía dedicado totalmente a los trabajos agrícolas y ganaderos, era fuerte, hablaba poco y aparentaba menos años de los que en realidad tenía. La abuela Teresa se parecía a mi madre, pero con el cabello encanecido y arrugas en la cara, y era más extravertida que el abuelo. A veces, se gastaban alguna broma por estas diferencias de carácter. Los abuelos maternos no solían venir muy a menudo a Recóndita, porque las tareas agrícolas eran absorbentes, y, cuando lo hacían, llegaban poco antes de comer y se marchaban después de la sobremesa. Pero nos llenaban la casa de hortalizas, de alubias, de garbanzos, de guisantes, de fruta, y de embutidos elaborados después de la matanza del cerdo por San Martín. Con ellos, vivía la tía Carmen, la hermana menor de mi madre, que seguía soltera y que, de vez en cuando, sí pasaba unos días con nosotros. El mayor de mis tíos, Pedro, ocupaba otra casa dentro de la finca, con su mujer y los hijos, y trabajaba con el abuelo, al que sucedió bastantes años después al frente de la explotación agropecuaria, cuando ya no vivíamos en Recóndita. El tío Antonio era el párroco de Santa Eugenia de la Sierra, un pueblo situado más al norte de la llanura de los tesos, no muy lejos de Frontera. Los demás tíos, tres mujeres y dos varones, se habían casado y residían en Ciudad.

Solíamos ir a Los Alomares por Año Nuevo y por el santo de la abuela, el 15 de agosto, y allí nos reuníamos con los tíos y con los primos en un ambiente festivo. Como, año tras año, la familia crecía, entonces conocíamos a los nuevos primos en las cunas y cochecitos. La casa era muy grande y la finca tenía un nombre: "La Fresneda". Además de los establos, de los corrales y de otras dependencias, había un jardín cercado, con una fuente y árboles que daban buena sombra, en el que podíamos jugar los primos mientras los mayores charlaban durante las largas sobremesas de aquellas reuniones familiares. Más allá, estaban los terrenos labrantíos y los pastos, separados por la carretera que cruza el pueblo.

Al atardecer de aquellos encuentros memorables, la mayoría regresaba a Ciudad y nosotros a Recóndita, que entonces me parecía aún más lejana y oscura. Al crecer la familia, como no cabíamos todos en el pequeño Seat, había que decidir quiénes viajaban y quiénes se quedaban en Recóndita con Leonor, tarea no fácil para mis padres, porque todos queríamos ir. Como no me mareaba nunca y el trayecto estaba lleno de curvas, tuve alguna ventaja en este aspecto.

Con los abuelos de Galpones, era distinto. El abuelo Gabriel era un hombre emprendedor y optimista, que ocupaba un puesto destacado en una empresa textil. La abuela Pilar, en cambio, parecía una estatuilla de porcelana que se podía romper, delgada, elegante, le gustaba leer, la música, y quizá sufría, pero de pequeños era más difícil darse cuenta de lo que les pasaba a los mayores. Nos visitaban por Navidad y por Semana Santa y, en verano, pasaban unos días con nosotros. Casi siempre nos traían algún regalo. Cada 12 de octubre, mis padres y algunos de los nietos solíamos ir a Galpones, para celebrar el santo de la abuela. El viaje era un poco más largo, porque la ciudad estaba más lejos que Los Alomares. Pasábamos de los parajes boscosos de Recóndita y de su entorno y de la llanura de los tesos grisáceos al ambiente urbano de Galpones, lleno de fábricas, talleres, edificios altos..., aunque, como solíamos ir en día festivo, la ciudad parecía un poco adormecida. El piso de los abuelos no era muy grande y no tenía nombre, allí todo estaba muy ordenado, como una gran vitrina, y desprendía un olor a añejo. Me parecía que no era tan adecuado para jugar como nuestro piso grande o como el jardín de "La Fresneda". Sin embargo, a veces, la abuela nos sacaba unos juguetes de mi padre que ella guardaba primorosamente. En aquellos años, el tío Juan, el único hermano de mi padre trabajaba en Argentina.

XV.
¿LADRONES?

SI NO RECUERDO MAL, sucedió en primavera, quizá dos o tres años después del invierno de las nevadas y de los fríos glaciales. El otoño y el invierno habían sido bastante lluviosos y se notaba la bendición de tanta agua, que corría alegre en fuentes, arroyos, cascadas..., y engordaba el cauce del río Verdoso. Los agricultores y ganaderos, siempre comedidos, apenas podían ocultar la satisfacción, porque se auguraba una buena cosecha y pasto abundante. Tomás estaba muy contento. Fue una primavera muy florida y hermosa.

Merche estaba en el penúltimo curso del bachillerato, tenía un buen grupo de amigas que a menudo se reunían en nuestro piso grande. Algunas eran hermanas de alumnos de mi colegio, del mío o de otros cursos. En Recóndita, nos conocíamos casi todos. Chema había comenzado a estudiar la carrera de Derecho y vivía en un colegio mayor de Ciudad.

En un edificio contiguo al nuestro, estaban haciendo unas reparaciones y habían montado unos andamios. Aquella noche, después de cenar, Tere y Laura, que dormían en el cuarto amarillo, estaban acostándose, mientras mi madre se ocupaba de meter en la cama a Mar, que solía resistirse un poco. Merche y yo terminábamos los deberes o estudiábamos las lecciones del día siguiente en la mesa del comedor, que servía para todo, hasta para jugar a pimpón, y mi padre revisaba unas escrituras que se había traído del despacho.

El piso grande estaba cubierto entonces por el tejado y por una terraza extensa, donde jugábamos cuando hacía buen tiempo, incluso al fútbol. Se subía allí por una escalera de madera que se instaló poco después de nuestra llegada a Recóndita.

De repente, se oyeron unos ruidos de pasos que procedían de arriba, mi padre fue el primero en darse cuenta y me pidió que lo acompañara: ¿serían ladrones? Al subir hasta la terraza —yo con cierto miedo—, se hacía bastante ruido al pisar los peldaños de madera. Mi padre descorrió el pestillo de la puerta y, al asomarnos, vimos unas sombras que desaparecían a toda

prisa por los andamios paredaños. Corrimos hasta el límite de la terraza, donde estaba la leñera, y vimos a dos chicos que bajaban rápidamente hacia la calle.

Reconocí en seguida a uno de los dos, Jorge Zapata, pues era alumno del último curso del colegio, y se lo dije a mi padre. Al dar la vuelta para desandar lo andado, como había luna llena, vimos unas letras marcadas en el suelo de la terraza con tiza: se trataba de un piropo para Merche... Bajamos y se lo contamos a mi madre y a mi hermana, que estaban expectantes. Merche se quedó sorprendida cuando le dije el nombre del admirador, un chico alto y desgarbado, que vivía en un piso de la plaza del barrio de los hotelitos. Después, supimos que se trataba de una apuesta con otros de su pandilla que también admiraban a mi hermana mayor.

Luego mi padre se acercó a ver a los padres del aprendiz de trovador, para aclarar el asunto, pues era peligroso andar de noche por aquellos andamios y le pareció prudente informarlos de lo sucedido. Me parece que el prestigio de Merche creció entre sus compañeras de clase después de aquel romántico incidente.

XVI.
VACACIONES

POCOS MESES DESPUÉS, tras los exámenes finales y una primavera lluviosa, Recóndita y su entorno aparecieron henchidos de exuberantes verdores variopintos, que el calor no conseguía agostar.

En una de nuestras excursiones con la pandilla, en bicicleta por los alrededores de nuestra pequeña ciudad, llegamos hasta el hayedo. Tenía un aspecto muy distinto que en otoño: era una densa marea verde, azogada por el sol. Las copas opulentas, de ramaje estrellado, cernían los rayos pletóricos; al suelo del bosque, llegaba una vaporosa luminosidad esmerilada, semejante a los destellos de la vitrina —llena de piezas de cristal y de porcelana—, que la abuela Pilar tenía en el salóncito de su casa, allá en Galpones.

En otra ocasión, a finales de agosto, fuimos hasta Villar de los Cerezos, el pueblo de Tomás. Nos llevó con Remolón hacia la serranía del Pico, que domina el Valle, y se llevó unos prismáticos y un zurrón. Tomás estaba en su ambiente y se mostraba mucho más hablador que en el colegio grande. Remolón se entretenía husmeando en las madrigueras de los veriles del camino. Pensé que el nombre le venía al pelo.

—Es un excelente cazador —nos dijo Tomás.

La tarde anterior, había avistado varios nidos y nos los enseñó, algunos eran de aves migratorias que no tardarían mucho en trasladarse a regiones más cálidas. Con los prismáticos, nos mostró varios pájaros bien en vuelo bien posados en algún árbol y nos explicó de qué ave se trataba en cada caso. También los identificaba por los trinos... Después regresamos a su casa.

Entramos en una estancia grande, con las paredes pintadas de color azul claro, con una larga mesa rodeada por dos bancos corridos. En un extremo, estaba el hogar, con la ancha campana ennegrecida por el humo y la caldera colgada de las llares. En los ventanales abiertos, los geranios de los alféizares escanciaban la claridad del día, como en los de la sala de estar de

nuestro piso grande.

La madre y la abuela de Tomás nos invitaron a merendar. Regresamos a Recóndita con la promesa de volver a visitarlos antes de que comenzara el nuevo curso, en octubre. Nos obsequiaron con unos tarros de miel extraída de los colmenares de la finca, para que nos los lleváramos a casa:

—Miel de brezo, miel de otoño amarga y rica —sentenció la señora Dolores, la abuela de Tomás, que nos sonreía desde el sillón que ocupaba gran parte del día junto a la llar. De vez en cuando, la ayudaban a levantarse y a moverse un poco, para que no se llagara o para trasladarla a otro punto de la estancia donde pudiera coser o leer con más comodidad.

XVII.
EL HALLAZGO

CASI SIEMPRE, LOS INSTANTES más dichosos son los que anteceden al inevitable final de los acontecimientos. Quizá esta experiencia explique la atracción de los atardeceres, muy enraizada en mí, y de las luces hogareñas detrás de unos visillos.

En muchas ocasiones, los de la pandilla estábamos en lo mejor de nuestros juegos precisamente cuando llegaba la hora de dejarlos. Y así, los últimos momentos de las tardes domingueras, la semana final de las vacaciones estivales... solían ser las ocasiones pletóricas, que se acababan demasiado pronto.

Las fiestas de la Patrona habían terminado, los veraneantes se habían ido y Recóndita retornaba a la normalidad, pregonera del inicio inminente de un nuevo curso académico. El último sábado de septiembre por la tarde, los de la pandilla nos acercamos de nuevo a casa de Tomás. Nos adentramos en el bosque después de merendar. Nuestro amigo nos mostró unos nidos de pito real y de arrendajo y, en el arroyo, revisó los reteles cangrejeros, depositados antes de nuestra llegada. Por la ladera, un rebaño de ovejas —cascada de esquilas— bajaba despacio hacia su aprisco.

—Las abubillas comienzan a emigrar —comentó Tomás, mirando el cielo, muy azul entre las copas de las hayas.

Aquel día, tuvo ecos un poco nostálgicos, por la proximidad del nuevo curso académico; quizá por esto, antes de irnos, Tomás exclamó inesperadamente:

—¡Os voy a enseñar mi refugio!

Lo seguimos por otro sendero ascendente hacia las estribaciones del Pico. A mitad de la falda del monte, dejamos la vereda para llegar hasta una espesura abrigada por un roquedal musgoso. Junto a las tupidas hayas, fresnos y avellanos, sobresalían tres abedules, que ocultaban la entrada de una cueva.

—Este es mi escondite. Hasta hoy, solo lo conocía yo —nos dijo Tomás.

Nos agachamos para entrar gateando en una gruta en la que cabíamos de pie. Tomás encendió una potente linterna y nos desveló sus secretos. En la cueva, almacenaba los utensilios usados en el bosque o sacados de sus entrañas: cepos, reteles, figuras talladas en madera, una flauta de caña y una espuela enmohecida y deforme. Al principio, no me llamó la atención, pero, al volver a mirar los aparejos, la espuela herrumbrosa empezó a inquietar mi memoria, como si fuera señuelo de algo... De golpe, me acordé del relato del anciano Simón sobre Lucho "el Chispero", allá en el viejo hospital de la calle de las tiendas: a él, le había extrañado que el forajido solo llevara una espuela... Se lo recordé a los de la pandilla y evocamos la historia del último salteador del valle Jovial. Tomás nos dijo que halló la espuela cuando descubrió de modo fortuito la gruta; y que también había encontrado huellas de que alguien había estado allí en tiempos lejanos: restos de brasas muy calcinadas, ramas secas, palitroques para el fuego, y una manta raidísima y podrida por la humedad, que quemó: ¿había sido la cueva de los abedules el misterioso refugio de "El Chispero"?, nos preguntamos. Volvimos a Recóndita cuando estaba oscureciendo. Miré hacia los riscos del Pico e imaginé, entre las nocturnas sombras, al viejo Simón, solitario allá en la ermita de Santa Marta.

XVIII.
NOS VAMOS

AL AÑO SIGUIENTE, DEJAMOS Recóndita y nos trasladamos a Ciudad, nuevo destino de mi padre. Recuerdo que me enteré porque, una tarde, al salir de clase, sería a finales de mayo o a comienzos de junio, me encontré con Merche y con Mar, al lado del quiosco de la plaza de los Cedros, que salían a comprar algo que les había encargado mi madre:

—¡Miguel, nos vamos!, papá ha ganado una vacante en Ciudad... —me dijo Merche.

Me quedé aturdido, iniciábamos una nueva etapa, ¿cómo sería?... Pensé en los de la pandilla y en que me costaría dejarlos, y en las tierras de Recóndita tan bellas y en sus vecinos, gente buena y trabajadora. Fue un verano distinto, un verano de despedidas... Estaba a punto de llegar el otoño cuando nos fuimos.

Luis Ramoneda (Cervera, Lérida, 1954) es crítico literario (Aceprensa, El Parnaso de las Artes), colaborador de diversas revistas literarias y autor de novelas y libros de literatura infantil y juvenil y de varios poemarios. Su *Manual de redacción* (Rialp, 2011) ha alcanzado ya tres reediciones.